

TRANSCRIPCIÓN DEL DISCURSO DEL Dr. JORGE VILLALBA FREIRE, VICEPRESIDENTE DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA HISTORIA Y DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA Y ARCHIVO FLORES JIJÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR.

HOMENAJE AL ACADEMICO DE LA HISTORIA, PROFESOR OSCAR EFRÉN REYES AL CUMPLIRSE EL VIGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.

Oscar Efrén Reyes fue recibido como miembro de número de la Academia Nacional de Historia en 1953, hace 38 años.

Y ahora su retrato se colocará en la sala de honor del Instituto Panamericano de Geografía e Historia al cual también perteneció, entre los más destacados geógrafos e historiadores del país.

Lastimosamente no se ha conservado su disertación de orden de ingreso en la Academia, ni la bienvenida que debió recibir.

Al conmemorar los 25 años de su partida, en diciembre de 1966, me cabe el honor de evocar su memoria y sus méritos, como profesor, como periodista e historiador; debido, sin duda, a que tuve la oportunidad de cultivar su amistad, en los últimos años de su fecunda vida, como también la de su distinguida familia.

En su libro más personal y más valioso, LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA, tiene un capítulo en que contrasta los éxitos literarios de varios de sus compatriotas, con la pobreza de medios de que dispusieron para su formación. Y va citando y recordando las circunstancias de indigencia por las que atravesaron personajes célebres, como Fray Vicente Solano, Don Juan León Mera, Gabriel García Moreno, Monseñor Federico González Suárez, el Dr. Luis Felipe Borja. También Juan Montalvo, quien estudió, dice, a solas en Ficoa y en la población de Baños, lenguas vivas y muertas, literatura antigua y moderna, clásicos de todos los tiempos, para crear un estilo insuperable, entre el rumor de las olas del Ambato y del Pastaza. "Sus obras principales fueron escritas en el silencio de los bosques seculares"

Esta cita es como un trozo de autobiografía, ya que en esta misma forma se educó y perfeccionó el joven Oscar Efrén, en su población nativa de Baños, a la cual dedicó cariñoso recuerdo Juan Montalvo.

Y allí en ese grandioso e idílico paisaje modeló sus cualidades estéticas; en esos bosques silenciosos se educó el autodidacta, el trabajador incansable, apasionado de la lectura, esclavizado voluntario de la labor de leer, juzgar, compendiar y aprender a pensar y escribir.

Fue maestro y periodista. Heredó la silla y las ocupaciones de Juan Montalvo y de Calle; y no cabe duda que los dos fueron paradigmas que tuvo en su mente al cumplir su labor de periodista: los leyó, los estudió y, en buena parte se identificó con ellos; se afanó en adquirir la riqueza y galanura de sus plumas ágiles y aceradas; simpatizó con muchas de sus ideas, con su independencia y bravía franqueza; pero manteniendo la medida en el decir y en el disentir.

Acerca de la “Vida de Montalvo”, publicada primero en 1935 y luego en 1943, un compañero mío de la Universidad Católica comentó:

“¡Esto se llama escribir una biografía! Al trabajo ímprobo de documentación, acompaña la feliz organización de los datos, la seriedad de juicio, el cuidado estilístico; y sobre todo la más depurada honradez. Ud. revisa personalmente cada cuestión, resuelto a reemplazar el mito con la historia, la leyenda, con la simple verdad”

Miguel Sánchez Astudillo S.I. 1964

## **EL HISTORIADOR.**

Siempre Oscar Efrén Reyes disfrutó con la Historia; mas la vocación de historiador aparece tarde, solo en 1929, cuando contaba treinta años. Quizá porque es una profesión que requiere madurez.

Y desde entonces advierte que, si quería distinguirse en ese campo, debía ser original, no sólo por sus juicios personales, independientes, costara lo que costara; sino también por el nuevo aporte de datos y hechos, fruto de la investigación.

Su primera producción se presenta con esas características, y se titula: **Lo que Ambato fue en el Siglo XVI**, Que se publicó en la revista “Horizontes”.

Así se dio a conocer; de suerte que el periódico, “El Universo”, y su director Ismael Pérez Pazmiño, le piden artículos históricos, no de mera política o sucesos públicos culturales, si no del movimiento económico del país, entre los años 1925 a 1932, esto es, desde la Revolución Juliana hasta la elección de Juan de Dios Martínez Mera, pasando por la presidencia del doctor Isidro Ayora, y del significado y fruto de la Misión Kemmerer.

Estos artículos, comentarios de sucesos contemporáneos, formaron más adelante el libro: **Los últimos Siete años**, del que se publicó el primer volumen.

Parecido origen tuvo su obra de más aliento aún, **La Historia de la República**, que lo consagró definitivamente como historiador profesional.

Realizada la amplísima lectura e investigación indispensables para la publicación de los textos citados, se sintió capacitado para componer compendios y textos escolares, que es labor difícil, en que se conjuga el profundo conocimiento de los hechos y su significado, junto con el arte pedagógico de la redacción y la exposición suscita, que vuelva la materia comprensible, atrayente, benéfica, formadora de la inteligencia del joven alumno, cuya mente fresca va a fecundarse con el conocimiento de la vida de su país, en forma que le despierte el amor y respeto por él.

A este importantísimo campo se dedicó el profesor Reyes, a partir de 1834, con la publicación de la **Brevísima Historia General del Ecuador**.

El profesor Reyes sorprendió gratamente a los críticos por la perspicacia y justeza imparcial con que comprendió y sacó a luz aun la oculta trama de los sucesos contemporáneos del siglo XX.

Ya se advirtió que Oscar Efrén Reyes rehúye el estilo ditirámbico para relatar los años de la Independencia y existencia de Colombia o Gran Colombia, como la llamamos. Por contrapesar a los escritores que se deslumbraron con las glorias de los triunfos de las armas patrióticas; y por su tendencia a examinar los aspectos económicos, recalca las amargas circunstancias en que vivió el Departamento del Sur-el Ecuador- a raíz de la victoria de Pichincha en Mayo de 1822: pinta la pobreza de la ciudadanía, y el Estado que debió contribuir en favor de los ejércitos españoles y patriotas; el desangre, el desorden, el atraso y paralización cultural en los años de ocupación, por tropas que iban y venían, y cuya

disciplina no podía mantener ni el mismo general Sucre, quien confesaba que a veces soldados y oficiales se comportaban como si estuvieran en país enemigo conquistado.

Todo lo que dice es verdad: quizá habría sido bueno aclarar el panorama, recordando que a partir de 1824 o 25, hubo oasis de tranquilidad, que permitió la reconstrucción y el progreso, tiempo en que se reorganizó en gran manera la educación de la niñez y juventud por obra de muchos filántropos y particularmente del Libertador Bolívar, a tal punto que en Venezuela, en el Perú y en el Ecuador se han escrito tratados rememorando los méritos de Simón Bolívar y de la ciudadanía por establecer y aún crear por todas partes escuelas, colegios, centros artesanales, para educar a la juventud masculina y femenina, y también a la indígena. Reaparece también el comercio internacional: Hamerly nos habla de cómo renacieron las exportaciones de cacao en el departamento de Guayaquil.

El historiador Reyes es ferviente admirador de Bolívar y Sucre: narra con emoción y acierto los méritos y el ocaso de estos héroes y el de Colombia, su obra. Pero lamenta que no aparecieron en el territorio ecuatoriano jefes y directores civiles autóctonos que encaminaran al país luego de la disolución de Colombia. Recorre los nombres de Olmedo, José Fernández Salvador, Matheu, Roca, Ante, Valdivieso, Larrea; y no se conforma con que el Ecuador por tanto tiempo gobernado por un "colombiano", el general Juan José Flores, que no había nacido dentro de los límites patrios, aunque estuviera casado con una quiteña, aunque hubiera arriesgado su vida, más de una vez, por mantener la existencia política de su patria adoptiva.

Ocurre que la estima por el general Flores ha sufrido vaivenes y contrastes como aquellos que sobrevinieron al Libertador: de la apoteosis y aplausos triunfales, caen en el desprestigio, el vituperio, el ostracismo. Pero el sereno estudio de sus personalidades, y de la documentación mejor conocida de la época, les devuelve el auténtico valor y méritos que les adornaron.

Viene el capítulo del gobierno de Gabriel García Moreno.

¿Cómo lo va a presentar el señor Reyes, asiduo lector y simpatizante de Juan Montalvo, Manuel J. Calle, Pedro Moncayo, “uno de los mayores enemigos de la política garciana”?

Pues nos encontramos con un capítulo en realidad sorprendente: cierto es que no se libera de usar los consabidos epítetos de “tirano” y de “fanático religioso”; sin que se pueda saber a ciencia cierta que entendía el señor Reyes por esto que llama “negro fantasma del fanatismo religioso”, que afirma, “martirizaba al pueblo ecuatoriano”.

Pero rompe con sus amigos en las frases de admiración, al hombre y al presidente García Moreno, que dice “concebía la felicidad pública mediante el fomento de la producción agrícola, la abundancia de víveres, la construcción de caminos, ferrocarriles, edificios y establecimiento de salarios mejorados...Y así, continúa ponderando la obra portentosa del “constructor de virilidad apasionante”

Luego de referir su muerte, el fatídico 6 de agosto de 1875, deja en el misterio los móviles de la oscura trama que dispuso el magnicidio, aseverando, sin embargo que el pueblo ecuatoriano, en masa, lo seguía, con arrebatada fe en su presidente.

Si el complot era misterioso, lo claro para Oscar Efrén Reyes es que no tuvo fundamento la pretensión de Juan Montalvo cuando se atribuyó la paternidad del crimen, diciendo “mi pluma lo mató”. El señor Reyes concluye: “Ni García Moreno merecía aquella muerte, ni Montalvo tenía el derecho para aplaudirla, ni para atribuírsela”.

Me extendería demasiado si tratara de reseñar su juicio sobre los gobiernos liberales que se suceden a partir del año de 1895. Si admira su credo, su programa y sus propósitos, señala y censura con toda libertad y honradez las inconsecuencias clamorosas contra las libertades cívicas, antes tan proclamadas como bandera de combate. “La libertad de sufragio sufrió derrotas horrorosas, afirma; la proclamada libertad de prensa zozobró, cuando se asaltó y destruyó las imprentas y apaleó a los periodistas de la oposición. Los derechos humanos, cuando se utilizó el látigo y el fusil contra el adversario inerme.”

Mas para el historiador de preocupación economicista, más interés tiene lo que él llama: “los once años de tiranía bancaria”, que comenzó en 1914 y duró hasta el breve gobierno del Dr. Gonzalo Córdova, en que, con cifras

y datos concretos, describe el poderío maléfico de ciertos magnates de la banca, en beneficio propio, a costa de la decadencia del país.

Las últimas páginas las dedica a reconocer que han amainado las violencias partidistas que se combatieron desde los días de Colombia, y ahora se unían, hasta cierto punto, para buscar en común el progreso de la Patria.

Podemos concluir esta reseña con las palabras que le dirigió el Dr. Carlos Cueva Tamariz, al agradecerle el libro que comentamos:

“Su aporte a la Historia contemporánea del país, con este libro valiente y sereno, es valiosísimo...Dice Ud. Las cosas con serenidad y con llaneza; emite juicios ponderados, firmes, valerosos, “sin amor y sin odio”...Tan bien se ha documentado usted, que difícilmente podrá modificarse por historiadores sucesivos el cuadro de la vida nacional que usted da con tan precisos rasgos.”

1934.

La Academia Nacional de la Historia se une esta noche a las elogiosas apreciaciones que hemos escuchado de Carlos Cueva Tamariz, de Remigio Crespo Toral, de Sánchez Astudillo, para celebrar al historiador y periodista que tan altos servicios prestó a la Patria en estos campos. Nos unimos a los millares de discípulos suyos que guardan con gratitud sus enseñanzas. Damos la enhorabuena a sus hijos, que en el maestro Oscar Efrén, veneran, ante todo, al padre ejemplar, al dechado de virtudes hogareñas, que les legó tantos motivos para bendecir su memoria.